

## **BIBLIOGRAFIA**



## BIBLIOGRAFIA

*Crisis y revolución en el arte de hoy*, por J. A. GARCÍA MARTINEZ. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1976. 79 p. 3 ilustr.

El autor de este ensayo, erudito estudioso del arte en sus diversas manifestaciones, vuelve con este trabajo a expresar su inquietud investigadora sobre un tema de acuciante actualidad, como lo es el proceso de la creación artística en el mundo contemporáneo.

Para García Martínez el arte actual "está saliendo de las ruinas y liberándose de sus demonios". Para ello, afirma, "busca métodos y lenguajes que le permitan superar los estereotipos ocasionales de clasicismo". Y es siguiendo esta línea analítica que penetra en el universo inquietante de la plástica, para desentrañar causas y sentar conclusiones que sirvan para comprender y valorar, a través de un esquema lúcidamente coherente, todo lo que implique factores preponderantes en la evolución de las artes visuales en los últimos tiempos.

Con claridad conceptual y vivificante contenido dialéctico, el autor recorre toda una larga etapa de la plástica, señalando los instantes de "crisis" y "revolución", que lejos de producir lamentables deterioros en la vital relación del arte con el individuo, han servido para que uno y otro se complementen en una misma avidez porque el lenguaje artístico sea auténtico testimonio del hombre contemporáneo, dentro de un mundo en constante mutación de valores.

Es indudable que al arte contemporáneo lo caracteriza el hecho que no lo rige ninguna línea que lo defina conceptual o ideológicamente. El acendrado individualismo que parece ser condición nata del artista de hoy, hace que cada uno de ellos trabaje en función de su propia personalidad. Y así se da, salvo aislados y temporarios "ismos", que la gama de matices que ofrece el panorama de la plástica caracterice todo un proceso en el cual la desorientación, la confusión y la incoherencia sean sus expresiones más relevantes.

El ensayo de García Martínez es en este aspecto un interesante estudio analítico de dicho proceso, el que no debe considerarse des-

tructivo porque el arte, como válida expresión del sentir y el pensar del hombre, es dinámico y vital por excelencia.

E.R.S.

*Fidelia y otros cuentos*, por JOSÉ LUIS PAGÉS. Santa Fe, Castellví, 1976. 40 p.

Este es el primer libro de José Luis Pagés, que nació en Santa Fe en 1947 y publica sus cuentos desde principios de la década. Se trata, por lo tanto, de un escritor de la aún inominada generación de narradores que sigue en el tiempo a la del 55, tan apegada al realismo, a un realismo crítico, pero sobre la cual no puede cerrarse juicio, pues muchos de sus representantes se hallan en plena producción y no han arribado todavía al medio siglo de vida. En líneas generales, la nueva generación de narradores argentinos —quizás por influjo de Borges, que en los años cincuenta no era suficientemente valorado, más por razones políticas que literarias, y tal vez también por gravitación de Cortázar, la revelación de los años sesenta— se inclina hacia un enfoque en que lo fantástico releva al realismo fotográfico, sin renunciar a la crítica, sino haciéndola más útil.

Los breves cuentos de este pequeño libro evidencian, como lo dice Morita Torres en el prólogo, que su autor "ha hecho de la literatura, como lector y como escritor, un oficio muy serio y un ejercicio cotidiano". Lo innato es imprescindible, pero de poco alcanza sin un cultivo cuidadoso y constante. Humor y fantasía son los ingredientes de las siete narraciones, las tres primeras con animales como ejes de la anécdota —un caballo, una vaca y un gato—, la cuarta con un hombre como centro de esta historia central— por su ubicación en el libro—, y las tres últimas con mujeres como heroínas —por llamarlas de un modo acaso demasiado irónico—, que con su nombre dan título a los cuentos.

"Protocolo" presenta el drama del narrador, que espera visitas —gente seria y formal— y no sabe dónde esconder a un caballo que se le ha metido en el departamento y del que no quiere desprenderse. En "Fidelia", ésta, que es una vaca, a quien el relator le ha recitado poemas, pues le descubre delicados sentimientos al verla oler una flor con los ojos entrecerrados, levanta vuelo —"la poesía eleva", había oído decir el narrador—, y lo hace con éste prendido a una de sus patas. En "El gato", el humor es negro, ya que el felino, que ha gastado seis de sus siete vidas, tiene que tolerar las pesadas bromas.

del relator, hasta que decide irse, pero no llega al destino que se había fijado. El hombre de "La sogá al cuello" vuelve a reclamar su pesada carga, pues no puede vivir sin ella (¿acaso la imposibilidad de desembarazarse del propio destino?). En "Amalia", la mujer hace subir al hombre al árbol, a recoger los frutos, le exige ese esfuerzo que él asume hasta la alienación, hasta perderla de vista; al final descubre que se ha ido con otro, ¿por culpa de quién? En "Ingrid" asistimos a un esbozo de romance con una mujer que ha muerto y está sola en su velatorio, tan sola que no duda en hacer entrar a un curioso que se detiene a espiar desde la calle por un balcón abierto. El final, en este caso, en comparación con "El gato" —ambos en la concepción de humor negro que tiene Pagés— es, a nuestro criterio, más lógico, más verosímil, menos *fácil*. "Mercedes", por fin, el último cuento del libro, podría ser una parábola para prevenimos de ciertas amistades peligrosas. "Me despedí de Mercedes, hasta nunca", dice el narrador casi sobre el final. Y al comienzo había expresado: "Me gustaba esa chica porque de ella siempre se podían esperar cosas extrañas". Claro que todavía no había visitado el inquietante museo de manos, escondido en "una casa de esas tan santafesinas, tan llenas de rejas y pasado". Ya en "Ingrid", José Luis Pagés nos había ubicado en Santa Fe al nombrar "los altos y rumorosos plátanos de calle Balcarce". Estos leves toques de realidad acrecientan el valor de tan insólitas historias, las hace más *creíbles*.

La dicotomía entre sueño y realidad de "Fide'ia", resuelta en clave fantástica de fino humor; esta reflexión del protagonista de "El gato": "Cuando como a mí, sólo te queda una vida, no hay más que pasarla bien. A costa de cualquier cosa" (¿no es un hombre el que habla, un no creyente?); la construcción de un mundo insólito, donde todo puede suceder, conforme a una lógica que nos vemos forzados a aceptar, ¿no demuestra que estamos ante un escritor de singulares dotes?

Nada mejor que el libro como vehículo de la obra literaria, para que otros lectores y otros comentaristas, con la perspectiva que da la distancia, corroboren nuestro juicio.

*Edgardo A. Pesante*

"Cuento-artefacto" y artificios del cuento, por RAÚL H. CASTAGNINO. Buenos Aires, Editorial Nova, 1977. 134 p.

Explica el autor de este libro, que se publica en la Biblioteca Arte y Ciencia de la Expresión, que la idea de "cuento-artefacto",

específicamente referida al cuento literario, al carácter fáctico de la creación por medio de la palabra, no implica intención "cosificadora" ni materialista. "Abstracción *a posteriori* y particular para cada creación —indica Castagnino—. . . Nunca fórmula o receta preceptista para producir en serie".

El libro es de gran interés para profesores, estudiantes de letras y críticos literarios, y también para los escritores, cultores de la "épica menor", que si bien no aprenderán a escribir cuentos, sabrán apreciar los mecanismos que hacen a un buen cuento. En obras anteriores, como "Experimentos narrativos" y "Sentido y estructura narrativa", el ensayista se ocupó de la llamada narratología; la presente toma al cuento literario como centro de su interés.

Resulta digna de encomio la actitud de Raúl H. Castagnino —por otra parte ya puesta de manifiesto a través de su dilatada labor—, quien toma de las diversas tendencias, que ha estudiado y conoce a fondo, aquello que es válido y significa un aporte para la clarificación. Porque una cosa es la "nueva crítica" —dirección e instrumental innovadores—, y otra "actualidad" de la crítica, como método de moda, el que hace furor, el que todos quieren aplicar indiscriminadamente para no quedar como rezagados, el que abrazan los *snoobs* nucleados en círculo hermético de iniciados.

El capítulo final se denomina "Laboratorio de un moderno cuento-artefacto hispanoamericano" y en el mismo se analiza "El baldío", del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos. Dice Castagnino: "Quizás el proceso se apareará bastante con la conducta del niño que inquiera por qué canta el canario y no halla mejor respuesta que tomar una tijera y despanzurrar el avecilla. La diferencia con esa conducta fincará en el cuidado que, tras viviseccionar el cuento elegido, se pondrá en que siga contando. Es decir, no hacer la autopsia de un cadáver —su desmonte como disección—, sino la vivisección de un artefacto ficcional con apariencias de vida, procurando mantener esa aparencialidad".

E. A. P.

*Cuentos*, por KATHERINE MANSFIELD. Buenos Aires, Ediciones Orión, 1976. 240 p.

Se trata en realidad de una nueva versión en nuestro idioma de "The Garden Party" ("La fiesta en el jardín"), tercera y última recopilación de narraciones publicada en su corta vida —murió a los 34 años—

por esta escritora neozelandesa, que, por motivos de uniformidad requeridos por la colección en que aparece, se edita bajo tal título, de aparente caracterización antológica. Con la denominación de "En la bahía" —texto que abre "La fiesta en el jardín"—, la Editorial Losada, a partir de 1943 y en traducción de Leonor Acevedo —suponemos se trata de la madre de Jorge Luis Borges—, difundió ampliamente en sucesivas ediciones las tres narraciones más extensas de este libro y "Preludio", pieza que da título a la segunda recopilación de cuentos de Katherine Mansfield, publicada en inglés en 1918, a partir de la que se inicia una de las trayectorias más breves, fecundas y trascendentes de la literatura del primer cuarto de este siglo.

Se ha insistido en demasía, a nuestro entender, en señalar una influencia del ruso Anton Chejov —muerto en 1904 y sin duda uno de los grandes clásicos del cuento moderno— sobre la obra de Katherine Mansfield. Es casi seguro que ésta conoció su obra, pues fue una mujer estrechamente relacionada con los movimientos literarios —estuvo casada con el crítico John Middleton Murry, quien en una revista que dirigía publicó trabajos de la narradora cuando ella tenía 24 años—. Pero el *modo Mansfield* se da a partir de la muerte de su hermano menor, en el frente, apenas iniciada la guerra de 1914. El espíritu de la joven mujer, de temprana vocación por las letras, que en la adolescencia dirigió periódicos estudiantiles, y de experiencia vital conflictiva —se casó y separó apenas cumplidos los veinte años, perdiendo el hijo de ese matrimonio—, con un primer libro publicado en 1911, estaba sensibilizado —así como su oficio adelantado— cuando decide escribir acerca de su infancia, sobre personas y lugares de la niñez en el Pacífico Austral, concretamente un suburbio de Wellington, donde residía su familia de clase media superior, que le permite trasladarse en la pubertad a la Gran Bretaña a proseguir los estudios.

De tener que definir a Katherine Mansfield como escritora con una sola palabra, elegiríamos *sutileza*. Ella campea en los quince textos que integran el volumen, de los cuales tres —"En la bahía", "La fiesta en el jardín" y "Las hijas del difunto coronel"— son extensos y el resto cortos. El primero de los nombrados tiene una estructura interesante, que tienta a considerarlo como una novela corta, dividida en doce breves capítulos independientes, en los que se alternan los mismos personajes en situaciones diversas, de desarrollo unitario, que forman un fresco delicioso, donde los niños y los ancianos —esto ocurre en buena parte de la narrativa de Katherine Mansfield— adquieren una autenticidad artística y sinceridad emocional incomparables, que contrasta con la pintura de los adultos, que no siempre alcanza en esta escritora esos niveles, ofreciendo en algunos casos cierto aire burlón

de marionetas. La descripción del paisaje, de una riqueza magistral —el comienzo de “En la bahía” y también la primera página de “El viaje” sirven como ejemplos—, tiene en la escritora muerta en 1923 a una artista de la palabra, creadora de atmósferas de las que surge la magia de lo cotidiano con una fuerza que avasalla al lector.

La tuberculosis —el mismo mal que acompañó por años la vida de Anton Chejov— hizo que la escritora residiera, en busca de mejores climas, única medicina eficaz por entonces, en distintos lugares de la Europa Meridional. Sus “Cartas” y su “Diario”, publicados póstumamente, revelan algunos conceptos claves para comprender su trabajo constante y el espíritu que lo anima. Escribió: “Es infernal amar la vida como yo la amo... Espero resistir lo suficiente para hacer una obra importante”. Y en otra ocasión expresó: “¡Qué maravillosa es la vida desde el momento en que uno se entrega a ella: Me parece que el secreto de la vida es aceptarla. Discutirla cuanto se quiera, pero ante todo aceptarla”.

Cada narración de este libro ejemplar de la cuentística tiene su propio atractivo. En “Su primer baile”, la muy joven protagonista advierte que eso que para ella recién comienza tiene también un final; “Una familia ideal”, nos muestra a un anciano incomprendido por los suyos; “La señorita Brill”, la soledad; “La criada”, la lealtad; “El desconocido”, los celos; “La lección de canto”, los vaivenes del romance. Crítica, agudeza, ironía, pero amor por la vida, discutida pero aceptada, porque la muerte será la misma para todos, porque es imposible de abolir. Quizás el arte, la obra, sea lo único rescatable. Por eso Katherine Mansfield se apresuró tanto, sin dejar por ello de vivir, de amar. Su talento y su oficio literario hicieron el resto.

*Edgardo A. Pesante*

*Mineralogía Óptica*, por FELIX GONZÁLEZ BONORINO. BUENOS Aires. Editorial Universitaria. 1976.

Los que se dedican al estudio de los minerales y las rocas en láminas delgadas encontrarán en esta excelente obra del doctor González Bonorino, especialista en el tema, los conocimientos teóricos y las técnicas necesarias para el reconocimiento e identificación de los minerales mediante el microscopio petrográfico o de polarización.

Esta obra es la primera en castellano que trata con amplitud el estudio de los minerales transparentes y opacos y el empleo de la platina universal. Efectivamente, la obra consta de tres partes bien

·diagramadas y desarrolladas, acompañadas de una amplia bibliografía.

La primera parte comprende el estudio de los minerales transparentes mediante el microscopio petrográfico y consta de ocho capítulos en donde se exponen con claridad y rigurosidad los fundamentos teóricos de la cristalografía óptica, el manejo del microscopio de polarización y se dan las técnicas más actuales para la determinación de los minerales en láminas delgadas: determinación de índices de refracción, clivaje, birrefringencia, pleocroísmo, ángulo de extinción, carácter uniaxial o biaxial de los cristales, signo óptico, maclas, etc.

La segunda parte que comprende el estudio de los minerales opacos mediante el microscopio calcográfico, consta de cinco capítulos en donde se dan los fundamentos de la calcografía, el empleo del microscopio calcográfico o de polarización para luz reflejada y las técnicas para la determinación e identificación de minerales opacos.

La tercera parte, que consta de cuatro capítulos comprende la descripción y el uso de la platina universal de Fedoroff, instrumento muy importante no solo en los estudios petrográficos y mineralógicos sino también en otros campos como la cristalografía química. Cierra la obra, un breve apéndice acerca de la proyección estereográfica de los cristales, que es fundamental para los estudios cristalográficos.

La obra tiene una excelente impresión y va acompañada de abundantes figuras, ilustraciones y gráficos que permiten una clara comprensión aún para los que se inician en el estudio de las propiedades ópticas de los minerales, y en general, de los cristales.

*José Luis G. Benet*

·*Catálogo de publicaciones 1948-1974*. Universidad Nacional del Sur. Bahía Blanca, Biblioteca Central, 1976. 260 p.

La Biblioteca Central de la Universidad del Sur ha tenido la loable iniciativa de recoger e inventariar el material bibliográfico producido por los distintos organismos que la forman, desde 1948, año en que se fundó el Instituto Tecnológico, primera célula originaria de la actual Casa de altos estudios, hasta 1974.

Da cumplimiento, de esta manera, a una idea surgida en el propio seno de su Biblioteca Central y que luego auspiciara la Junta de Bibliotecas Universitarias Argentinas dentro de su programa permanente, con vistas a que cada una de ellas y sucesivamente haga lo propio, a fin de formar sobre esta base un repertorio colectivo de todo el

potencial documentario en el género existente en el país. Empezó la tarea la Universidad del Nordeste con la edición de su respectivo *Catálogo* y ahora lo hace, prosiguiendo la serie, la del Sur.

No hay duda que estos registros tienen, además de su valor intrínseco desde el punto de vista bibliográfico, el mérito de revelar a través de la cantidad y, sobre todo, de la calidad del material recogido, la importancia científica y el nivel académico de las respectivas Casas de estudios. Bajo este aspecto, es justo reconocer que el aporte del establecimiento sureño, en su corta vida, ha sido singularmente rico y fecundo tanto en el campo de la investigación propiamente dicha como en su obra de extensión cultural. Así lo acredita la nutrida nómina de casi 2000 rubros de libros y folletos correspondientes a agronomía, biología, economía, física, geografía, geología, ingeniería, matemáticas, literatura, historia y humanidades. Es particularmente destacable el vigoroso impulso que dio a las disciplinas de su competencia, el Centro de Documentación Bibliotecológica, dirigido durante muchos años por el profesor Nicolás Matijevic.

En lo que atañe a la estructura del *Catálogo*, digamos que los asientos están clasificados conforme a las unidades que componen la Universidad, es decir, por departamentos, institutos y demás áreas administrativas, docentes. La descripción catalográfica es completa y se ajusta rigurosamente a los cánones de la materia.

Un índice de autores, colaboradores, traductores, etc., facilita la consulta de la recopilación. Además, un prólogo que firma la Biblioteca Central, actualmente bajo la dirección del licenciado Atilio Peralta, explica el criterio seguido en el ordenamiento del material e ilustra el texto con diversas referencias de cronología y estadística.

Pensamos que hubiera sido útil agregar al prólogo, una breve sinopsis histórica sobre el origen y desenvolvimiento de la Universidad, a fin de correlacionar debidamente las vicisitudes de su proceso con los esfuerzos realizados para lograr el grado de perfeccionamiento actual.

El volumen, sobriamente presentado en nítida tipografía y buen papel, ha sido impreso en los talleres gráficos del Congreso de la Nación. Es de deplorar, sin embargo, que en el lomo del mismo no figure estampado el título de la obra, detalle que tiene importancia por razones de buen gusto y valor práctico.

*Domingo Buonocore*

*Historia de la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta,*  
por JOSÉ CARLOS ASTOLFI. Buenos Aires, Asociación de ex  
alumnos, 1974. 320 p. ilus.

El autor de esta obra era, incuestionablemente, el predestinado para escribirla. Ese anhelo lo había formulado, según lo recuerda Jorge F. Oliver en el prólogo, don Valentín Mestroni, el venerable y querido maestro muerto el 12 de abril de 1976, en un libro de memorias de la vida de la casa que viera la luz en 1965.

El augurio, a la vuelta de diez años cabales, ha logrado feliz realización y así había que esperarlo, por otra parte, dados los méritos y antecedentes de José Carlos Astolfi. Hijo de la propia escuela con el más alto promedio de clasificaciones del curso de 1916, y luego profesor en la misma desde el año siguiente de su egreso hasta su retiro jubilatorio en 1953, vivió y convivió durante la larga jornada esa atmósfera espiritual que había de describir a través del trato cotidiano con colegas y estudiantes. A esa feliz circunstancia que lo señalaba como el hombre ideal para reconstruir el pasado del centenario establecimiento, debemos agregar, además, la decidida vocación historiográfica del autor, vocación testimoniada en numerosos trabajos y publicaciones del género, unos de valor didáctico, otros de investigación original. El tema, por otro lado, es digno de consideración y estudio. En efecto, nuestra Escuela Normal ha sido, como se sabe, el almácgico fecundo de donde salieron las sucesivas y esforzadas legiones de maestros primarios que sembraron el alfabeto y crearon las bases de la enseñanza libre y democrática, factor esencial de la grandeza del país. La cuna del magisterio argentino —debemos recordarlo como título honroso para Entre Ríos— fue la histórica Escuela Normal fundada en 1870 por Sarmiento en Paraná, instituto que se complementaría cuatro años más tarde con el homólogo de la ciudad de Buenos Aires debido a la inspiración del progresista gobernador de la provincia, don Mariano Acosta.

El impulso originario del norteamericano Jorge A. Stearns, seguido fructuosamente por José María Torres en el Litoral y, poco después, el del holandés Adolfo van Gelderen en la Capital Federal —educadores de recio empuje asimilados al ser nacional y consubstanciados con las necesidades del país— fueron los artífices que plasmaron el modelo pedagógico de la hora. El imperativo urgente consistía en redimir al pueblo de la ignorancia, esto es, formar maestros de primeras letras, y a esa labor misional se consagraron con fervor los nuevos cruzados de la causa educativa. Los nombres de Leopoldo Herrera, Carlos N. Vergara, Alejandro Carbó, Víctor Mercante, Ernesto A. Bavio, Maximio Victoria,

Eduardo Lafferriere, Demetrio Méndez, Eleuterio Tiscornia, Julio del C. Moreno, constituyen, entre otros, la ilustre pléyade paranaense, cuyo aporte civilizador tendría su equivalente en Buenos Aires con los nombres, igualmente representativos, de Alejandro Bergalli, Francisco Guerrini, Pablo A. Pizzurno, José María Aubín, Honorio y Rodolfo Senet Juan W. Gez, Alfredo B. Grosso, José S. Salinas, Ramón J. Gené, Jorge A. Boero, José Rezzano, Próspero Alemandri... Mérito sobresaliente de esas generaciones fue el de haber argentinizado, sin sectarismo ni xenofobia, la enseñanza pública, dándole un contenido y orientación de acuerdo con la realidad social y económica de la República. Ellos establecieron los cimientos de una didáctica nacional de nuevo estilo; dirigieron su efectiva aplicación desde elevadas posiciones oficiales; escribieron textos para mejorar la calidad de los estudios y, sobre todo, ejercieron la mística de la docencia como expresión de dignidad y responsabilidad moral y doctrinaria.

Hecha esta digresión, volvamos al motivo inmediato de nuestro comentario. La historia verídica presupone siempre en quien la escribe una identificación fiel con el tiempo revivido. De lo contrario, nos exponemos a caer en el riesgo de la familia o en la distorsión de los hechos. Astolfi, que tiene experiencia en la materia, según antes recordamos, lo sabe bien y por ello nos ofrece el relato preciso de lo que vio, oyó y pesquisó en las fuentes fidedignas, vale decir, de primera mano. Ha logrado así combinar y armonizar diestramente la exposición teórica de los principios en los sucesivos cambios de la política educativa del instituto, con la mención anecdótica, de tinte ameno y a veces sentimental, de personas y episodios. Precisamente, esta modalidad contribuye a que el libro exceda los contornos de una menuda crónica doméstica, para convertirse en un estudio alusivo a los aspectos generales de nuestra enseñanza media. En efecto, el autor, para dar a su trabajo más unidad y coherencia en el desarrollo, sincroniza y correlaciona las distintas etapas del proceso interno de la escuela —planes de estudios, métodos, programas, variantes en el gobierno y personal docente, alumnos, disciplina, etc.— con los diversos momentos y alternativas que en el orden pedagógico, social y político ha vivido el país. De este modo el lector logra poseer una visión más concreta e integral del fenómeno educativo y, por ende, se halla en mejores condiciones para apreciar el influjo cultural de la casa en su medio histórico.

El libro tiene el encanto que fluye de su prosa sencilla, espontánea y de expresiva propiedad. Las breves estampas de los profesores que descollaron en la cátedra y dejaron huella perdurable —felizmente los más— se leen con interés y delectación. Los retratos literarios son vívidos, de exactos contornos, sin incurrir nunca en el ditirambo fácil

y ramplón. Tales, entre otros, los destinados al fundador del establecimiento y a los directores Honorio Leguizamón, Victoriano Montes, Pizzurno, Bergalli, José N. Vicini, Alfredo C. Villalba y Pedro Luis Comi. Lo mismo cabe decir de los recuerdos que consagra a algunos maestros inolvidables por su saber y aptitud de enseñanza: Fernando Labille, Arturo Marazzo, Calixto Oyuela y su hijo Carlos, muerto tempranamente, Martiniano Leguizamón, Nicolás de Vedia, Enrique Romero Brest, José Rezzano y, llegando a los tiempos de hoy, las figuras más próximas a nuestro conocimiento personal y sentimiento admirativo: Juan Mantovani, Blas di Lorenzo, Fermín Estrella Gutiérrez, Carlos Veronelli, Juan Roberto Rojo, Angel Basile, Julián García Velloso, Carlos J. Florit, Alberto Fesquet, muchos llorados en su ausencia definitiva, pero todos de brillante trayectoria en el magisterio oral y escrito.

En síntesis, diríamos que nos hallamos frente a una obra compuesta con amor y equilibrado pensamiento. Astolfi ha tenido en vista al concebirla y ejecutarla, el sabio precepto del clásico latino que recomienda escribir la historia *sine ira et studio*, condiciones distintivas de la medida e imparcialidad.

El libro, enriquecido con numerosas fotografías ilustrativas, ha sido editado por la Asociación de ex alumnos de la Escuela, con los auspicios del ministerio de Cultura y Educación. La impresión de sobrio buen gusto estuvo a cargo de los talleres gráficos del mismo Departamento de Estado.

Domingo Buonocore

*Algo más sobre la Historia. Teoría y Metodología de la investigación histórica*, por ANTONIO JORGE PÉREZ AMUCHÁSTEGUI. Buenos Aires, Abaco, 1977, 210 p.

Este libro aborda en siete capítulos: problemas del conocimiento histórico, cuestiones de filosofía de la historia, epistemología, preceptiva historiográfica y su aplicación. No puede ser comentado sin escribirse otro libro, aunque resultaría menos convincente y mucho menos denso.

La conjunción de historiador y metodólogo en una sola persona, presenta grandes ventajas y un inconveniente: no puede ser comentada "aquí y ahora", esta obra de Pérez Amuchástegui injustamente valorada en pocas líneas porque falta un *par* que pueda interpretar la ca-

lidad de su contenido y elaborar una recensión aceptable o al estilo bien recordado de Raymond Aron sobre la obra de Metodología histórica de Paul Veyne. (1)

Pérez Amuchástegui, conoce la Teoría de la Historia y parece haber leído y comprendido todo. Se pasea en la misma desventolura por los campos de la Astronomía como por los de Genética, Física, . . . Metafísica. Sorprende su erudición y su polémica oportuna, su interés por elevar el nivel de la producción historiográfica y satisfacer al mismo tiempo, el interés de todos: investigadores de otras disciplinas o aficionados a la Historia. Previene sobre el lenguaje que empleará, "cotidiano y sin alardes académicos": constatamos la celosa precisión del vocabulario técnico.

Conocedor de dudosas competencias en las que se mezclan ideales políticos y ambiciones universitarias o se confunden rivalidades de clanes con debates serios, presenta en su libro corrientes y escuelas de las que se nutre seleccionando eclécticamente, lo mejor: el pensamiento monitor de Bloch, Collingwood, Carr. . . Dilthey, Croce, Heidegger. . . hasta Le Goff y Nora.

Del contenido de este volumen, que sin duda podrá renovar el ambiente historiográfico y cubrir vacíos en la teoría del conocimiento histórico, señalamos una decena de premisas sustanciales, que fuimos conformando en nuestro propio análisis.

1) *La ciencia es un conocimiento racional, sistemático, verificable y falible.* En el fenómeno del conocimiento, el sujeto capta (cepi) y elabora (cum) las abstracciones que significan un aporte a la ciencia parcial, perfectible y acumulativa. Cumple un proceso cognoscitivo, durante el cual reflexiona, aprehende las características y modalidades, seleccionadas luego para conformar la imagen intelectual que podrá expresar cabalmente si su mundo de experiencias es amplio. De ahí se infiere que a mayor cantidad de conocimientos, corresponde mayor calidad de conceptos y menor extensión en la expresión.

La reflexión sobre intencionalidades específicas de la realidad empírica, caracteriza la *racionalidad* de la ciencia que es *sistemática*, porque sigue un orden, un método especulativo y práctico para lograr el conocimiento suficiente y perfectible. . .

La ciencia debe ser *verificable*, a través de la experimentación reiterada que permite la comprobación de hipótesis hasta la comprensión de relaciones necesarias propias del comportamiento del objeto científico expresado finalmente en concepto.

1 Cf: ARON, RAYMOND, "Cómo el historiador escribe Epistemología" en Annales Nº 6, París, Colin, noviembre-diciembre 1971. Acerca de la obra de PAUL VEYNE, *Cómo se escribe la Historia*. París, Seuil, 1971, Títulos no traducidos al español.

Puesto que las verdades son provisorias, la ciencia es *fallible*. "Sin las verdades de Newton no existirían las de Einstein"... la validez de una teoría tiene vigencia hasta que un modelo operacional más perfecto construya otra verdad.

II) *La historia es ciencia porque se fundamenta en todos los presupuestos del saber científico*. La verdad histórica es una verdad científica que debe reflejar la vida humana en plenitud... nada menos! Para conocer las relaciones necesarias de situación, experimenta sobre testimonios, siguiendo un plan medular de acción hasta la comprensión de la realidad, *sub specie praeteritorum*. Cada situación en estudio contiene diversos proyectos en pugna que se diluyen o cristalizan en realidades y testimonios. A éstos se recurre *aquí y ahora* para descubrir el *por qué* (quid) y *para qué* (ad quem) de la verdad en su ubicación relativa (ubi-quando). El esquema cognoscitivo que permite comprender la dialéctica entre todas las intencionalidades duraderas (compromisos) u oportunidades y las crisis de descomposición o de conformación se denomina *estructura, término* que no guarda la menor relación con el "pensamiento estructuralista" de la estructura-esencia.

III) *Objeto y coordenadas de la historia*. Lo histórico son las acciones específicamente humanas, la dura tarea de vivir "el drama humano", la realidad empírica pasada que perdura, persiste, materializada mentalmente. El tiempo opera, dura y permanece en todas las cosas (temporalidad) pero el hombre solamente toma conciencia de esa coordenada o dimensión que se "interniza" en él, por eso se esfuerza para crear y realizarse, aunque, también es consciente que sus aspiraciones quedarán inconclusas. Historicidad es la conciencia de la temporalidad y sus tres instancias correlativas: pasado irreversible, futuro como aspiración y presente en acción.

IV) *El Sujeto: el hombre responsable y libre que elabora sus proyectos*. El ser humano hasta en su menor acto, interpone un proyecto en el que intervienen sus potencialidades físicas y mentales para movilizar (citata) la voluntad hacia (in) la acción. *Incitado* en una determinada situación (tesis) elabora un proyecto (antítesis) y actúa (síntesis) o sea que *responde*, plasmando así una realidad histórica dinámica y dialéctica no mecánica). El historiador hace inteligible el presente histórico, el pasado que lo sustenta y el futuro al que aspira. Comprende sin juzgar, prefiere dudar antes que afirmar y conoce el axioma de Collingwood: "pensar es preguntar".

V) *La Historia es una ciencia humana integral e interdisciplinaria*. Las ciencias no se clasifican por el objeto sino por su régimen metodológico, instrumento de la reflexión que resuelve las relaciones de objetos en conceptualización de principios (ciencias matemáticas) de legalidad (cien-

cias físicas) de normas (ciencias estadísticas) y de situación (historia). Todas se interrelacionan y la recurrencia de la historia a todo el saber es constante, permanente, imprescindible. Además, cualquier ciencia puede aprenderse históricamente, dándole significación humanística, "un soplo de vida".

La economía, geología, mecánica, etc., podrían ser entonces "humanidades" así como la literatura deshumanizada no sería más que gramática o la historia solamente un repertorio de nombres y fechas.

VI) *La teoría metodológica y su aplicación práctica.* La formación teórico metodológica es sustancial para el historiador profesional a quien facilita la tarea de actualización en preceptiva historiográfica y amplía los horizontes del quehacer cotidiano del profesor de historia.

Advertimos en el Capítulo VI y su anexo, cómo el autor ofrece en forma práctica su experiencia en la tarea de fichado y catalogación, un glosario usual en monografías y sus abreviaturas correspondientes y un modelo de corrección de pruebas.

VII) *Valoración de lo posible y lo deseable en la historia de la historiografía.* La historia de la historiografía, registra los cambios en la intencionalidad del objeto, el plan medular de la investigación, las distintas maneras de interpretación o exposición de un fenómeno, la madurez en concepción a través de sucesivos ciclos..., hasta nuestros días, donde aumentan las posibilidades de mejorar la calidad historiográfica por el trabajo colectivo. Los equipos interdisciplinarios trabajan *en conjunto* bajo un mismo régimen metodológico.

Lo deseable en nuestro medio, es superar la falta de recursos, la gran valla para el progreso de las humanidades y particularmente de la historia ya que no es entendida su utilidad por todos ni se considera científica su investigación.

VIII) *Definición de lo aceptable y rechazable para jerarquizar la ciencia histórica.* Se debe admitir la historia como *comprensión* de la vida. El acto más humano del ser humano es comprender, lo satisface y valora, se afana en buscar y descansar en esa categoría.

Compulsamos como rechazables, ciertas pretendidas corrientes ideológicas o formas aberrantes que están o estuvieron de moda. Existe la idea generalizada y falsa de que la historia se repite y es maestra de la vida: la historia es "*comprehensio vitae*" en estas circunstancias tan cambiantes de un mundo complejo.

Son también desechables: los resabios del positivismo, la anomia, el fatalismo, los apriorismos y dogmatismos en la interpretación del comportamiento histórico, tanto como la "doctrinosofía" sustentada por la corriente de Marx-Engels-Lenin. Es una antimetodología o anticiencia, ya que considera el materialismo histórico como *doctrina* (no como recurso

metodológico *científicamente irrefutable*. Sería entonces, el saber mismo: *sophos*. Está sustentada por “renovadores” que desean imponer “la verdad socialista” a la verdad “alienante”, imperialista y burguesa”.

IX) *Preocupación didáctica*. Evidente en toda la obra: desde la proyección de la ciencia al servicio de la comunidad por la enseñanza en la escuela, donde ya no debe ser “un monstruo mnemónico y estéril” (p. 191) hasta las sugerencias para que “los historiadores de fuste” se ejerciten en reflexiones profundas con dedicación voluntariosa (p. 75) para no engrosar las filas de “historiadores a la violeta” que perjudican la dignidad de la ciencia. Finalmente:

X) *Sostenido interés en el diálogo coherente*, a través de todas las páginas, en las que el autor continúa el tema iniciado hace cinco años en *Introducción a la Historia*, Ediciones Glauco de Buenos Aires.

De aquí en adelante disponemos de *mucho más* o de “Algo más sobre la historia” como se anuncia con alegórico toque de atención desde la cubierta del libro que es justo aplaudir sin reservas.

*María del Carmen Ríos*

